

4. La unidad documental de las Américas

VICENTA CORTES ALONSO

1. Viaje al País de Utopía

Comenzaré por decir que, como muchas veces se viene reconociendo, los archiveros son gentes ilusionadas, sin llegar a la categoría de ilusas, con una voluntad tremenda de trabajar en pro de aquello que llena su vida profesional, los archivos, por muchos inconvenientes que aparezcan en su camino y aunque, las más de las veces, las metas se presenten inalcanzables a una mirada rápida y superficial

Por ello, me parece que no estará de más, luego de esta premisa, el iniciar mi charla de amigo (pues así la considero, más que como una formal lección final), de este VII Curso que nos reúne, el titular la primera parte de mi exposición de «viaje al País de Utopía», para tratar de ver si ese país existe, si nosotros caminamos hacia él y, si es así, cual haya sido nuestro avance en los últimos cuatro o cinco lustros.

De los resultados de este recuento creo que puede beneficiarse la idea de unidad documental de las Américas, objeto primordial de nuestros desvelos no sólo como archiveros, que nos atañe en cuanto a tales, sino como simples ciudadanos de los países que guardan el patrimonio documental aludido.

Don Francisco de Quevedo, en las notas introductorias a la edición castellana de *La utopía*, de Tomás Moro, escribía en su casa de la Torre de Juan Abad, el 28 de septiembre de 1637, que «llamóla Utopía, voz griega, cuyo significado es no hay tal lugar»¹, por tratarse de algo inexistente en el espacio y en el tiempo, pero que constituye un modelo que, como en otras épocas, habían formulado otros creadores, muchos hombres desearían ver convertido en realidad. Tal vez, creemos, la unidad documental de las Américas corresponde a esta clase de entes, ideales y difíciles de alcanzar, pero que, pese a ello, pueden constituir metas muy alentadoras por las que laborar.

Hemos repasado la obra de Moro para ver cuál fuera su idea sobre los archivos, a fin de saber qué papel desempeñaban en Utopía, y sólo hemos encontrado la siguiente mención en el capítulo en que se ocupa de varias ciencias:

«Tienen por cosa importante, no sólo que se guarden los contratos que se hicieren entre particulares, pero también las leyes públicas que el príncipe justo ordenó o el pueblo no tiranizado ni engañado estableció de común consentimiento acerca de las comodidades de la vida, que es decir, que todos gocen de la ocasión de los entretenimientos y deleites»².

Si al verbo *guardar* le concedemos un significado doble de *guarda física* de los documentos y leyes y de *guarda jurídica* de los mismos, podemos considerar que los archivos en este país ideal tenían su lugar señalado para el buen gobierno, pues, como dice Moro, lo «tienen por cosa importante». Esto, por otro lado, no debe extrañarnos, puesto que entre las fuentes de Moro estaban los filósofos griegos y, sabemos, que Aristóteles en su *República* habla de una quinta oficina en que se registraban los contratos privados y las decisiones de la corte, con lo que el paralelismo es notorio³.

Lección de clausura del VII Curso sobre, *Organización y Administración de Archivos*, celebrada el 5 de junio de 1979.

¹ Lo *inopia*, de Tomás Moro. 3.^a ed. iMadrid. 1805, fol. 3.

² Op. *cii.*, pág. 65.

³ Ernest Posner: *Archives in the Ancient World*, Cambridge (Mass.K 1972. pág. 111).

En último caso, como muestran los ejemplos citados, el considerar como *utopía* el hablar de la unidad documental de las Américas puede quedar en un proyecto ideal, porque no consigamos que exista realmente «tal lugar», siendo así que en otros campos, económico, político, social, sí se forman uniones que van encaminadas a crear unidades mayores que las que ya existen, encaminadas a, como dice Moro, que todos «gocen de la ocasión de los entretenimientos y deleites», es decir, que esos bienes sean de beneficio general y no particular.

Este viaje a la utopía de los archivos, a la unidad documental americana, que es fuente de información de primer orden, por otra parte, no está desligado de la necesidad que hoy tenemos de sus datos para conocer mejor nuestra realidad múltiple y una, que en ellos se encierra, y que tiene una utilización enormemente práctica para nuestra vida cotidiana. El buen conocimiento del pasado, lejano o inmediato, es imprescindible para actuar hoy sin tanto peligro de error; las palabras con que Rómulo Bethancourt abrió la IV Asamblea General del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, el que familiarmente citamos por su sigla, el IPGH, en 1946. nos parecen por demás reveladoras de este hecho:

«Conocerse, y conocerse a fondo seriamente, es la única vía racional para llegar a una mutua estimación y al mutuo respeto. Y si algo ha retardado en América una mejor comprensión entre los pueblos ha sido la común ignorancia en que hemos vivido de nuestras peculiaridades étnicas y territoriales: hemos sabido más de Europa y de sus características que de nuestro propio continente»⁴.

Esta es una fecha muy importante, pues a partir de ella los esfuerzos por conocerse mejor van a ponerse en marcha, con la creación de los órganos que dieran las bases para el estudio histórico y, como es natural, no tardaron en surgir las preocupaciones por el patrimonio documental americano, por los archivos y por los archiveros.

2. La unidad documental

El problema de la unidad, siendo así que físicamente está formado el patrimonio documental por múltiples unidades definidas en el espacio y el tiempo, que tienen una trayectoria histórica diversa, aparece como el primer escollo. Por ello, tal vez, hemos utilizado el término de *las Américas*, que, como los propios pueblos que las integran consideran, son una unidad superior geográfica, el hemisferio occidental, que a su vez se reúne en organismos de carácter regional muy definidos. La nomenclatura, además, al hablar de *las Américas*, no sólo se refiere a las unidades nacionales que conocemos, sino a otras que salvan las fronteras, como pueden ser las étnicas, las lingüísticas, las económicas, como Afroamérica, Angloamérica, Indoamérica. etc. Estas otras divisiones, que se entrecruzan, están ya pidiendo una unidad superior que permita acceder a marcos mayores de estudio y conocimiento.

Pero no termina aquí, en el continente, la cuestión. La documentación americana, en virtud de su propia historia, como consecuencia del proceso documental, puede nacer en América y terminar su génesis en Europa. O bien, por el contrario, se puede generar en Europa, en las metrópolis de aquellas provincias, para terminar su vida administrativa en un lugar americano. Es decir, esa unidad ideal de la que estamos hablando —que lo fuera real antes de la Independencia de los siglos XVIII y XIX— tiene sus parcelas en los patrimonios documentales de este lado del Atlántico, y, para los efectos de nuestra exposición, así los vamos a tener en cuenta, puesto que no es novedad que descubramos sino evidencia que iremos constatando en cada punto.

Esta unidad la hacía resaltar, como *unidad cultural del continente americano*, en el punto primero de la exposición, el representante de Argentina. Roberto Etchepareborda, en la Primera Reunión Interamericana de Archivos, celebrada en Washington en 1961, diciendo:

«Abordamos este estudio con el pleno convencimiento que en materia archivística nuestro continente forma una unidad homogénea, que al igual que en su aspecto geográfico, supera las líneas convencionales de sus fronteras interiores, para trascender en unidad conceptual y en una serie de paralelismos fenomenológicos»⁵.

Por su parte, el representante de los Estados Unidos, Wayne C. Grover, se expresaba en los mismos términos:

«The records of the Federal Government in the National Archives contain information not only on the United States, but also on many other countries and areas throughout the world»⁶.

Y, naturalmente, en especial, sobre los países vecinos del sur de sus fronteras, por lo que se contribuía a la información de todos ellos, en dicha reunión, con la presentación de una *Guía* de tales papeles, en la que su autor, John P. Harrison, definía Hispanoamérica como el «hemisferio occidental al sur de los Estados Unidos»⁷.

En cierto modo, también esta unidad queda manifestada en el hecho de que la Unesco, por medio del Consejo Internacional de Archivos, propusiera como el continente primero para las Guías de Fuentes para la Historia de las Naciones, precisamente, el ámbito geográfico de Iberoamérica y que, con entusiasmo, los europeos se pusieran a trabajar en los fondos que contenían sus archivos sobre esta área, dando como resultado una colección de valiosas guías de España, Francia, Italia, Vaticano, Bélgica, Holanda, entre otros⁸.

⁵ Op. cit., pág. 2.

⁶ Prefacio a la *Guide to Manuscripts on Latin America in the National Archives*, Washington, 1961. t. 1. pág. III.

⁷ Op. cit., pág. V.

* Se han publicado hasta el momento: Liagre, Leone: *Guide des sources de l'histoire d'Amérique conservées en Belgique* par... et Jean Naerten... Bruxelles, Archives Générales du Royaume, 1967. 132 págs.; Pasztor, Lajos: *Guida delle fonti per la storia dell'America Latina negli archivi della Santa Sede e negli archivi ecclesiastici d'Italia*. Città del Vaticano. Archivo Vaticano, 1970, VI. 665 págs.; Walne, Pexer: *A guide to the manuscript sources for the History of Latin America and the Caribbean in the British Isles*. London, Oxford University Press, XX. 580 págs.; Mendoza, Gunnar: *Guide to manuscript sources on Latin America in the United States*. Austin (Texas) (s.a.) 45 h.

Los esfuerzos de estas acciones, la publicación de estas guías, que manifiestan la unidad documental, por tratar del resultado de la actividad de administradores y de individuos pertenecientes a una misma comunidad en tiempos pretéritos, va a permitir, estamos seguros, que ese mejor conocimiento de que hablaba Rómulo Bethancourt en los años cuarenta se vea asistido con estos instrumentos de información programados en los años sesenta, es decir, con una gestación de unos cuatro lustros, período parecido en extensión al que queremos reseñar ahora.

Si se nos permite hacer uso de unas palabras pronunciadas en 1974, en la reunión de Ottawa del Comité de Archivos del IPGH, sobre este tema de la documentación concretada en los archivos, de los que hablaremos a continuación, repetiremos ahora:

«Consideramos que todos ellos, los de España y los de América, forman una entidad de tal categoría, están tan entrelazados, que los proyectos que a mejorarlos, servirlos y protegerlos se encaminen no deben marcar distinciones continentales, nacionales o locales, sino más bien tender a aunar esfuerzos en la tarea de procurarse un patrimonio común localizado en muy diversos lugares de una amplia geografía»⁹.

3. Archivos y archiveros

Para tratar de los archivos depositarios de los documentos americanos, que existieron desde el momento mismo de la ocupación del continente por los castellanos, como repetición de los principios y métodos que se empleaban en la patria de origen, tenemos que referirnos al primero que se tratara de hacer de carácter general y que, por la fecha, coetánea del de Indias, en Sevilla, nos pone ante la vista la paralela influencia de la Ilustración en ambos márgenes atlánticos de los reinos españoles. América y España, pues como dice Gunnar Mendoza:

«En 1792 se hace en América la primera tentativa para establecer un archivo general, el Archivo General de la Nueva España, en la ciudad de México, y aunque esta temprana empresa archivística no se resuelve de inmediato en una fundación estable, vale como el paso inicial en la experiencia latinoamericana sobre archivos, y no puede dejar de mencionársela en ninguna recapitulación, por somera que sea, de esa experiencia»¹⁰.

La preocupación por la documentación tiene que ir al paso con la atención a los archivos, por lo que las instituciones que necesitaban la información de los documentos fueron las primeras en preocuparse por ellos. Así, bien pronto, el IPGH, en su Comisión de Historia, proponía la creación de un Comité de Archivos encargado de «ayudar a la conservación, arreglo y conocimiento de los archivos históricos de América», según rezaba

⁹ Actas de la Reunión del IPGH. 1974. págs. 1/4-1/5.

¹⁰ En *Situación actual de los archivos latinoamericanos. Manual de información básica*. Washington, 1961, página III.

la resolución núm. 24 de la I Reunión de Consulta, celebrada en Tacubaya en 1947¹¹. En este Comité participan representantes de los archivos de todos los países miembros, su sede se fijó en La Habana y se le propuso, por recomendación de su primera reunión, en 1950, según decía la resolución núm. 13: el mantener un «órgano de publicidad de carácter americano», un *Boletín de Archivos*, que sólo vio la luz dos veces¹².

Tan buenos propósitos no avanzaron gran cosa, sin embargo, pese al interés de archiveros e historiadores por cambiar la situación de los archivos, de manera que hay que esperar a 1961 para llegar a otro hito importante en la lucha por la mejora de la situación de la unidad documental de las Américas y, por supuesto, de los archivos y archiveros, en que se organiza, con la asistencia de instituciones y personas interesadas en el tema, tanto del continente como de Europa, que asistían como observadores, una gran reunión en Washington, la Primera Reunión Interamericana sobre Archivos que iba encaminada, esencialmente, a fomentar la solidaridad de todos en una empresa ardua y larga, como exponía su coordinador Theodore R. Schellenberg:

«El objetivo doble de la Primera Reunión Interamericana sobre Archivos es: 1) promover el desarrollo de la profesión archivística y 2) promover la solidaridad profesional entre los países de América»¹³.

Estos dos puntos esenciales, que se refieren a los hombres que tienen que realizar la tarea archivística, se diversificaban en otros muchos enumerados por Etchepareborda y que fueron objeto de estudio de las distintas ponencias y grupos de trabajo¹⁴. Me parece que los que tuvimos la fortuna de asistir a ella conseguimos, por lo menos, uno de los dos puntos programáticos, el de la solidaridad, pues la amistad allí iniciada se ha ido reforzando a lo largo de los años precisamente para tratar de conseguir también el primero, el de promover el desarrollo de la profesión.

¿Cuáles fueron los avances que este contacto produjo? Inmediatos, no muchos, pues la propuesta de una Asociación Interamericana de Archivos no cuajó, la circulación de un boletín tampoco se llevó a efecto y las ayudas necesarias para redactar instrumentos de información o fortalecer los propios centros y su personal no tuvieron el soporte económico ni la unidad administrativa que los realizara.

Pero, para bien de los documentos, de los archivos y de los archiveros, la semilla había caído en tierra generosa, y, aunque con lentitud, hincó sus raíces en el ánimo de quienes podían hacerla crecer. Javier Malacón, director de Asuntos Culturales de la Organización

¹¹ Puede consultarse el *Boletín Interamericano de Archivos (BIA)*. Córdoba (Argentina), i. 1974. págs. 39-48; III. 1976. págs. 155-159.

¹² Para el Boletín. ídem. págs. 7-8.

¹³ Mendoza, op. cit., pág. Iii. Para la reunión, en BIA. I. 1974, 83-102.

¹⁴ *Objetivos a lograr*: a) Accesibilidad de los Archivos; b) Información recíproca de las piezas documentales de interés para los estudios históricos de otros países. Intercambio de publicaciones de fuentes; c) Exposiciones consagradas a la historia de otros países americanos; d) Bibliografía valorativa de las fuentes editas, con especial enfoque a los documentos de interés para otros países; e) Reglas armónicas para la publicación de fuentes documentales; f) Uniformación de la legislación archivística; g) Publicación periódica de un órgano, revista o boletín; h) Ayuda técnica; i) Preparación de personal técnico; j) Intercambio de Archiveros y Técnicos; k) Creación de un Centro Interamericano de Información Documental; // Equipos móviles de microfilmación; U) Misiones de investigación en Archivos Interamericanos; m) Inventario y catálogo razonado de los Fondos Extranjeros existentes en cada una de nuestras naciones (Etchepareborca.-Cooperación ... pág. I).

de los Estados Americanos (OEA), incluyó el tema de los archivos, entre los que ya desempeñaba desde tiempo atrás la Unidad de Bibliotecas, con lo que luego de diez años algunos de los asistentes a la Primera Reunión se volvían a encontrar en Washington, en una Reunión Técnica sobre el Desarrollo de los Archivos, en la que, de nuevo, se estudiaban los viejos problemas y se proponían nuevas vías de solución.

Si en 1961 se habían redactado los *Principios del archivero*, que decoran a manera de decálogo las paredes de muchos centros de España y América, en 1972 se dio a luz la *Carta de los Archivos Americanos*, que puede servir de guía a los gobiernos y a los ciudadanos¹⁵.

Esto, claro está, pertenece al mundo de las palabras que corrían el peligro, como en ocasiones anteriores, de quedar solamente impresas en una publicación profesional. Pero no fue así, porque de allí salieron también la aceptación de un Programa de Archivos por la OEA, la fijación de un Centro Interamericano de Formación de Archiveros, radicado en la Escuela de Archiveros de la Universidad de Córdoba (Argentina), la publicación en dicho centro de un *Boletín Interamericano de Archivos*, la redacción de unos informes sobre el estado de los Archivos Nacionales de los n-vses integrantes¹⁶ y la adjudicación de unos créditos con los que proceder a la atención de asistencia técnica, de material y de equipo.

Tenemos que apuntar, sin tardanza, el ofrecimiento de colaboración de España a este programa en forma de Cursos de Formación, resultado del cual es el que estamos hoy ustedes y yo aquí, con motivo de finalizar el séptimo de estos cursos.

Allí, naturalmente, volvió a surgir el tema de una asociación profesional que pudiera ser portavoz de los archiveros iberoamericanos a nivel regional e internacional con representantes en el Consejo Internacional de Archivos y sus distintos comités. Posteriores reuniones del Comité de Archivos del IPGH y Seminarios preparados por el Programa de OEA dieron oportunidad de encuentro para ir perfilando el asunto. En la de Lima, de 1973, se adoptó la resolución de crear una Asociación Latinoamericana de Archivos; en la de Ottawa de 1974 se discutió la organización, y en la de Bogotá se formalizó ya la entidad. Vemos pues, que, luego de un letargo decenal, bastaron tres años para darle vida. Lo que ahora se trata es de que no languidezca y que sea realmente el órgano motor de las acciones de los archiveros iberoamericanos, solidarios de su responsabilidad y de sus esperanzas.

En una exposición breve como es ésta, no podemos hacer mención particularizada de otras acciones extra continentales en el campo de los archivos americanos, que se pueden encontrar, además, en la ponencia presentada por Aurelio Tanodi al VIH Congreso Internacional de Archivos de 1974¹⁷. Pero sí diremos que Unesco, al igual que en el

¹⁵ Programa Archivístico de la OEA. BIA I, 1974, 11-29.

¹⁶ Los informes son los siguientes: Tanodi, A.: *Los Archivos Nacionales de Costa Rica, Panamá, Colombia, Ecuador y Bolivia*. EIA, IV, 1977, 49-77; Cortés Alonso, V.: *Planeamiento del programa de desarrollo de Archivos*. Venezuela. Brasil. Argentina. Perú y México. BLA. ídem. 9-19; Lodolini, Elio: *Los Archivos Nacionales de Uruguay, Chile, Argentina, Paraguay y Brasil*. BLA. ídem. 20-48; Rodríguez Morales, Luis M.: *Los Archivos Nacionales de Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y República Dominicana*. BLA. ídem, 69-78; *Respuestas al Cuestionario sobre el estado de los Archivos Nacionales*. BLA, ídem, 79-144.

¹⁷ *Programas de existencia archivística*. Washington. 1976. General Services Administration, 44 págs. Para el caso concreto de su país ha publicado también *Archival missions in Argentina*. Boletín de la Unesco para las Bibliotecas, París. 13 (4). 1959, 49-90. Para las realizadas por España puede verse nuestra comunicación a la Reunión de Ottawa. 1974.

noticias y los trabajos técnicos en el *Boletín*; la asistencia a reuniones en las que se confrontan ideas y realizaciones; en fin, una serie de datos cuantificables que, por lo menos en mi caso, me hacen considerar el futuro con ilusión de un paso más hacia la utopía.

Ahora bien, para que el camino se allane, los recursos no se dilapiden y los resultados sean más provechosos para esa unidad documental, de la misma manera que ésta la consideramos como una, también las acciones que sobre ella se ejerzan deben tener una unidad, precisamente porque ni los archiveros, ni los presupuestos ni el tiempo son muchos. Quiero terminar, por ello, recordando la recomendación de Tanodi en su examen de los programas de Asistencia Archivística, repitiendo:

«Queremos llamar la atención sobre una necesidad que consideramos de importancia: la coordinación de los programas de ayuda, en base a una información constantemente actualizada. La experiencia personal nos impulsa a formular tal recomendación»²³.